

CAPITULO XXII.

Llega Sinibaldo, hermano de Renato, con noticias favorables de Francia. Trata de volver á aquel reino con Renato y Eusebia. Llevan en su navio á Arnaldo, Mauricio, Transila y Ladislao; y en el otro se embarcan para España Periandro, Auristela, los dos Antonios, Riela y Constanza; y Rutilio se queda allí por ermitaño.

No sé si tenga por cierto, de manera que ose afirmar, que Mauricio y algunos de los mas oyentes se holgaron de que Periandro pusiese fin en su plática, porque las mas veces las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle con comenzar por entónces la historia de sus acontecimientos; que puesto que habian sido pocos desde que fué robada del poder de Arnaldo hasta que Periandro la halló en la isla bárbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura, ni aunque quisiera tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorbara una nave que vieron venir por alta mar encaminada á la isla, con todas las velas tendidas, de modo que en breve rato llegó á una de las calas de la isla, y luego fué de Renato conocida, el cual dijo: Esta es, señores, la nave donde mis criados y mis amigos suelen visitarme algunas veces: ya en esto hecha la zaloma y arrojado el esqui al agua, se llenó de gente, que salió á la ribera, donde ya estaban para recibirle Renato y todos los que con él estaban: hasta veinte serian los desembarcados, entre los cuales salió uno de gentil presencia, que mostró ser señor de todos los demas, el cual apenas vió á Renato, cuando con los brazos abiertos se vino á él, diciéndole: Abrázame, hermano, en albricias de que te traigo las mejores nuevas que pudieras desear; abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo, á quien dijo: Ningunas nuevas me pueden ser mas agradables, ó hermano mio, que ver tu presencia, que puesto que en el siniestro estado en que me veo ninguna alegría sería bien que me alegrase, el verte pasa adelante y tiene excepcion en la comun regla de mis desgracias. Sinibaldo se volvió luego á abrazar á Eusebia, y la dijo: Dadme tambien vos los brazos, señora, que tambien me debéis las albricias de las nuevas que traigo, las cuales no será bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena: sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad, que habiendo estado seis dias ántes que muriese sin habla, se la dió el cielo seis horas ántes que despudiese el alma, en el cual espacio con muestras de un grande arrepentimiento confesó la culpa en que habia caído de haberos acusado falsamente, confesó su invidia, declaró su malicia, y finalmente hizo todas las demostraciones bastantes á manifestar su pecado; puso en los secretos juicios de Dios el haber salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra, y no solo se contentó con decirlo, sino que quiso que quedase por instrumento público esta verdad, la cual sabida por el Rey, tambien por público instrumento os volvió vuestra honra y os declaró á tí, ó hermano, por vencedor y á Eusebia por honesta y limpia, y ordenó que fuédesed buscados, y que hallados os llevasen á su presencia para recompensaros con su magnanimidad y grandeza las estrecheces en que os debéis de haber visto. Si estas son nuevas dignas de que os dén gusto, á vuestra buena consideracion lo dejo. Son tales, dijo entónces Arnaldo, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje, ni

posesion de no esperadas riquezas que las lleguen, porque la honra perdida y vuelta á cobrar con extremo, no tiene bien alguno la tierra que se le iguale: gocéisle luengos años, señor Renato, y gócele en vuestra compañía la sin par Eusebia, yedra de vuestro muro, olmo de vuestra yedra, espejo de vuestro gusto y ejemplo de bondad y agradecimiento.

Este mismo parabien, aunque con palabras diferentes, les dieron todos, y luego pasaron á preguntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba y en otras partes de la tierra, de quien ellos por andar en el mar tenian poca noticia. Sinibaldo respondió que de lo que mas se trataba era de la calamidad en que estaba puesto, por el rey de los danaos, Leopoldio, el rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados que á Leopoldio favorecian: contó asimismo cómo se murmuraba que por la ausencia de Arnaldo, príncipe heredero de Dinamarca, estaba su padre tan á pique de perderse, del cual príncipe decian que cual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una su prisionera, tan no conocida por linaje, que no se sabía quién fuesen sus padres: contó con esto guerras del de Transilvania, movimientos del turco, enemigo comun del género humano; dió nuevas de la gloriosa muerte de Carlos V, rey de España y emperador romano, terror de los enemigos de la Iglesia y asombro de los secuaces de Mahoma: dijo asimismo otras cosas mas menudas, que unas alegraron y otras suspendieron, y las unas y las otras dieron gusto á todos, sino fué al pensativo Arnaldo, que desde el punto que oyó la opresion de su padre, puso los ojos en el suelo y la mano en la mejilla, y al cabo de un buen espacio que así estuvo, quitó los ojos de la tierra, y poniéndolos en el cielo, exclamando en voz alta, dijo: ¡Oh amor, oh honra, oh compasion paterna, y cómo me apretais el alma! perdóname, amor, que no porque me aparto te dejo: espérame, ó honra, que no porque tenga amor dejaré de seguirte: consuélate, ó padre, que ya vuelvo: esperadme, vasallos, que el amor nunca hizo ningun cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor y el mas bien enamorado del mundo; para la sin par Auristela quiero ir á ganar lo que es mio, y para poder merecer por ser rey lo que no merezco por ser amante; que el amante pobre, si la ventura á manos llenas no le favorece, casi no es posible que llegue á felice fin su deseo: rey la quiero pretender, rey la he de servir, amante la he de adorar; y si con todo esto no la pudiere merecer, culpárame á mi suerte que á su conocimiento.

Todos los circunstantes quedaron suspensos oyendo las razones de Arnaldo; pero el que mas lo quedó de todos fué Sinibaldo, á quien Mauricio habia dicho como aquel era el príncipe de Dinamarca, y aquella, mostrándole á Auristela, la prisionera que decian que le traia rendido; puso algo mas de propósito los ojos en Auristela Sinibaldo, y luego juzgó á discrecion la que en Arnaldo parecia locura, porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal, que cautivaba los corazones de cuantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicieran. Es pues el caso que aquel mismo dia se concertó que Renato y Eusebia se volviesen á Francia, llevando en su navio á Arnaldo para dejalle en su reino, el cual quiso llevar consigo á Mauricio y á Transila su hija y á Ladislao su yerno; y que en el navio de la huida, prosiguiendo su viaje, fue-

sen á España Periandro, los dos Antonios, Auristela, Riela y la hermosa Constanza: Rutilio, viendo este repartimiento, estuvo esperando á qué parte le echarian; pero ántes que le declarasen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicó le hiciese heredero de sus alhajas y le dejase en aquella isla, siquiera para que no faltase en ella quien encendiese el farol que guiasé á los perdidos navegantes, porque él queria acabar bien la vida, hasta entónces mala: reforzaron todos su cristiana peticion, y el buen Renato, que era tan cristiano como liberal, le concedió todo cuanto pedia, diciéndole que quisiera que fueran de importancia las cosas que le dejaba, puesto que eran todas las necesarias para cultivar la tierra y pasar la vida humana: á lo que añadió Arnaldo que él le prometia, si se viesse pacífico en su reino, de enviarle cada un año un bajel que le socorriese: á todos hizo señales de besar los piés Rutilio, y todos le abrazaron, y los mas dellos lloraron de ver la santa resolucion del nuevo ermitaño, que aunque la nuestra no se enmiende, siempre da gusto ver enmendar la ajena vida, sino

es que llega á tanto la protervidad nuestra, que querriamos ser el abismo que á otros abismos llamase. Dos dias tardaron en disponerse y acomodarse para seguir cada uno su viaje, y al punto de la partida hubo cortesés comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro y Auristela; y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro: lloró Transila, no tuvo enjutos los ojos Mauricio, ni lo estuvieron los de Ladislao: gimió Riela, enterneciése Constanza, y su padre y su hermano tambien se mostraron tiernos; andaba Rutilio de unos en otros, ya vestido con los hábitos de ermitaño de Renato, despidiéndose destos y de aquellos, mezclando sollozos y lágrimas todo á un tiempo; finalmente, convidádoles el sosegado tiempo y un viento que podia servir á diferentes viajes, se embarcaron y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones puesto en lo alto de las ermitas. Y aquí dió fin á este segundo libro el autor desta peregrina historia.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Llegan á Portugal, desembarcan en Belen: pasan por tierra á Lisboa, de donde al cabo de diez dias salen en traje de peregrinos.

Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar ni sosegar sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden, que este se tome, aquel se deje, uno se prosiga y otro se olvide, y el que mas cerca anduviere de su sosiego, ese será el mejor cuando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la lijereza que mostró Arnaldo en dejar en un punto el deseo que tanto tiempo habia mostrado de servir á Auristela; pero no se puede decir que le dejó, sino que le entretuvo, en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderó de su alma, el cual deseo se le declaró Arnaldo á Periandro una noche ántes de la partida, hablándole aparte en la isla de las Ermitas: allí le suplicó (que quien pide lo que ha menester, no ruega, sino suplica) que mirase por su hermana Auristela, y que la guardase para reina de Dinamarca, y que aunque la ventura no se le mostrase á él buena en cobrar su reino, y en tan justa demanda perdiere la vida, se estimase Auristela por viuda de un príncipe, y como tal supiese escoger esposo, puesto que ya él sabía y muchas veces lo habia dicho, que por sí sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor reino del mundo, que no del de Dinamarca: Periandro le respondió que le agradecia su buen deseo, y que él tendria cuidado de mirar por ella como por cosa que tanto le tocaba y que tan bien le venia.

Ninguna destas razones dijo Periandro á Auristela, porque las alabanzas que se dan á la persona amada, hallas de decir el amante como propias, y no como que se dicen de persona ajena. No ha de enamorar el amante con las gracias de otro: suyas han de ser las que mostrare á su dama: si no canta bien, no le traiga quien la

cante: si no es demasiado gentil hombre, no se acompañe con Ganimedes: y finalmente, soy de parecer que las faltas que tuviere, no las enmiende con ajenas sobras. Estos consejos no se dan á Periandro, que de los bienes de la naturaleza se llevaba la gala, y en los de la fortuna era inferior á pocos. En esto iban las naves con un mismo viento por diferentes caminos, que este es uno de los que parecen misterios en el arte de la navegacion: iban rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules; mostrábase el mar colchado, porque el viento tratándole con respeto, no se atrevia á tocarle á mas de la superficie, y la nave suavemente le besaba los labios, y se dejaba resbalar por él con tanta lijereza, que apenas parecia que le tocaba: desta suerte y con la misma tranquilidad y sosiego navegou diez y siete dias sin ser necesario subir ni bajar, ni llegar á templar las velas, cuya felicidad en los que navegan, si no tuviese por descuentos el temor de borrascas venideras, no habria gusto con que igualalle.

Al cabo destos, ó pocos mas dias, al amanecer de uno, dijo un grumete que desde la gavia mayor iba descubriendo la tierra: Albricias, señores, albricias pido y albricias merezco: tierra, tierra, aunque mejor diria cielo, cielo, porque sin duda estamos en el paraje de la famosa Lisboa; cuyas nuevas sacaron de los ojos de todos tiernas y alegres lágrimas, especialmente de Riela, de los dos Antonios y de su hija Constanza; porque les pareció que ya habian llegado á la tierra de promision que tanto deseaban; echóle los brazos Antonio al cuello, diciéndole: Agora sabrás, bárbara mia, del modo que has de servir á Dios, con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente de la que yo te he hecho: agora verás los ricos templos en que es adorado, verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve, y notarás cómo la caridad cristiana está en su punto; aquí en esta ciudad verás cómo son verdugos de la enferme dad muchos hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias gana

la del cielo: aquí el amor y la honestidad se dan las manos, y se pasean juntos; la cortesía no deja que se le lleve la arrogancia, y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía: todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son discretos: la ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente y desde ella se reparten por el universo; su puerto es capaz, no solo de naves que se puedan reducir á número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman: la hermosura de las mujeres admira y enamora, la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen; finalmente, esta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo. No digas mas, dijo á esta sazón Perianbro: deja, Antonio, algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de decir todo: algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nuevo; y así creciendo el gusto por puntos, vendrá á ser mayor en sus extremos.

Contentísima estaba Auristela de ver que se le acercaba la hora de poner pié en tierra firme, sin andar de puerto en puerto y de isla en isla, sujeta á la inconstancia del mar y á la movable voluntad de los vientos, y mas cuando supo que desde allí á Roma podia ir á pié enjuto sin embarcarse otra vez si no quisiese. Medio dia sería cuando llegaron á Sangian, donde se registró el navio, y donde el castellano del castillo y los que con él entraron en la nave, se admiraron de la hermosura de Auristela, la gallardía de Perianbro, del traje bárbaro de los dos Antonios, del buen aspecto de Riela y de la agradable belleza de Constanza; supieron ser extranjeros, y que iban peregrinando á Roma: satisfizo Perianbro á los marineros que los habían traído magníficamente con el oro que sacó Riela de la isla bárbara, ya vuelto en moneda corriente en la isla de Policarpo; los marineros quisieron llegar á Lisboa á granjearlo con alguna mercancía; el castellano de Sangian envió al gobernador de Lisboa, que entonces era el arzobispo de Braga, por ausencia del Rey, que no estaba en la ciudad, la nueva de la venida de los extranjeros y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constanza, que con el traje de bárbara no solamente no la encubria, pero la realzaba: exageróle asimismo la gallarda disposición de Perianbro, y juntamente la discreción de todos, que no bárbaros, sino cortesanos parecían: llegó el navio á la ribera de la ciudad, y en la de Belen desembarcaron, porque quiso Auristela, enamorada y devota de la fama de aquel santo monasterio, visitarle primero y adorar en él al verdadero Dios, libre y desembarazadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Había salido á la marina infinita gente á ver los extranjeros desembarcados en Belen; corrieron allá todos por ver la novedad, que siempre se lleva tras sí los deseos y los ojos.

Ya salía de Belen el nuevo escuadrón de la nueva hermosura: Riela medianamente hermosa, pero extremadamente á lo bárbaro vestida; Constanza hermosísima y rodeada de pieles; Antonio el padre, brazos y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demas del cuerpo; Antonio el hijo iba del mismo modo, pero con el arco en la mano y la aljaba de las saetas á las espaldas; Perianbro con casaca de terciopelo verde y calzones de lo mismo á lo marinero, un bonete estrecho y puntiagudo en la cabeza, que no le podia cubrir las sor-

tijas de oro que sus cabellos formaban; Auristela traía toda la gala del setentrion en el vestido, la mas bizarra gallardía en el cuerpo y la mayor hermosura del mundo en el rostro: en efecto, todos juntos y cada uno de por sí causaban espanto y maravilla á quien los miraba; pero sobre todos campeaba la sin par Auristela y el gallardo Perianbro: llegaron por tierra á Lisboa, rodeados de plebea y cortesana gente: llevaronlos al gobernador, que despues de admirado de verlos, no se cansaba de preguntarles quiénes eran, de dónde venían y adónde iban. A lo que respondió Perianbro, que ya traía estudiada la respuesta que había de dar á semejantes preguntas, viendo que se le habían de hacer muchas veces; y así cuando quería ó le parecía que le convenia, relataba su historia á lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo que satisfaciendo á los que le preguntaban, en breves razones cifraba, si no toda, á lo ménos gran parte de su historia. Mandólos el Visorey alojar en uno de los mejores alojamientos de la ciudad, que acertó á ser la casa de un magnífico caballero portugués, donde era tanta la gente que concurría para ver á Auristela, de quien solo había salido la fama de lo que había que ver en todos, que fué parecer de Perianbro mudasen los trajes de bárbaros en los de peregrinos, porque la novedad de los que traían era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecían perseguidos del vulgo; además que para el viaje que ellos llevaban de Roma, ninguno les venía mas á cuento: hizose así, y de allí á dos dias se vieron peregrinamente peregrinos. Acaeció pues, que al salir un dia de casa un hombre portugués se arrojó á los piés de Perianbro, llamándole por su nombre, y abrazándole por las piernas le dijo: ¿Qué ventura es esta, señor Perianbro, que la des á esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu nombre, que uno soy de aquellos veinte que cobraron libertad en la abrasada isla bárbara, donde tú la tenias perdida; halléme á la muerte de Manuel de Sousa Coutiño, el caballero portugués; apartéme de tí y de los tuyos en el hospedaje donde llegó Mauricio y Ladislao en busca de Transila, esposa del uno y hija del otro: trájome la buena suerte á mi patria, conté aquí á sus parientes la enamorada muerte, creyéronla, y aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeron por tener casi en costumbre el morir de amores los portugueses: un hermano suyo, que heredó su hacienda, ha hecho sus obsequias, y en una capilla de su linaje le puso en una piedra de mármol blanco, como si debajo della estuviera enterrado; un epitafio que quiero que vengais á ver todos así como estáis, porque creo que os ha de agradar por discreto y por gracioso. Por las palabras bien conoció Perianbro que aquel hombre decia verdad, pero por el rostro no se acordaba haberle visto en su vida; con todo eso, se fueron al templo que decia, y vieron la capilla y la losa sobre la cual estaba escrito en lengua portuguesa este epitafio, que leyó casi en castellano Antonio el padre, que decia así:

AQUI YACE VIVA LA MEMORIA
DEL YA MUERTO

MANUEL DE SOUSA COUTIÑO,

CABALLERO PORTUGUES,

QUE Á NO SER PORTUGUES AUN FUERA VIVO,

NO MURIÓ Á LAS MANOS

DE NINGUN CASTELLANO,
SINO Á LAS DE AMOR, QUE TODO LO PUEDE:
PROCURA SABER SU VIDA,
Y ENVIDIARÁS SU MUERTE,
PASAJERO.

Vió Perianbro que había tenido razon el portugués de alabarle el epitafio, en el escribir de los cuales tiene gran primor la nacion portuguesa. Preguntó Auristela al portugués, qué sentimiento había hecho la monja, dama del muerto, de la muerte de su amante: el cual la respondió que dentro de pocos dias que la supo pasó desta á mejor vida, ó ya por la estrechez de la que hacia siempre, ó ya por el sentimiento del no pensado suceso: desde allí se fueron en casa de un famoso pintor, donde ordenó Perianbro, que en un lienzo grande le pintase todos los mas principales casos de su historia: á un lado pintó la isla bárbara ardiendo en llamas, y allí junto á la isla de la prision y un poco mas desviado la balsa ó enmaderamiento donde le halló Arnaldo, cuando le llevó á su navio; en otra parte estaba la isla nevada, donde el enamorado portugués perdió la vida; luego la nave que los soldados de Arnaldo taladraron; allí junto pintó la division del esquite y de la barca; allí se mostraba el desafío de los amantes de Taurisa y su muerte, acá estaban serrando por la quilla la nave que había servido de sepultura á Auristela y á los que con ella venían; acullá estaba la agradable isla donde vió en sueños Perianbro los dos escuadrones de virtudes y vicios, y allí junto la nave donde los peces náufragos pescaron á los dos marineros y les dieron en su vientre sepultura; no se olvidó de que pintase verse empedrados en el mar helado, el asalto y combate del navio, ni el entregarse á Cratilo: pintó asimismo la temeraria carrera del poderoso caballo, cuyo espanto, de leon le hizo cordero, que los tales con un asombro se amansan: pintó como en rasguño y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo coronándose á sí mismo por vencedor en ellas: resolutamente no quedó paso principal en que no hiciese labor en su historia, que allí no pintase, hasta poner la ciudad de Lisboa y su desembarcacion en el mismo traje en que habían venido: tambien se vió en el mismo lienzo arder la isla de Policarpo, á Clodio traspasado con la saeta de Antonio, y á Cenotia colgada de una entena: pintóse tambien la isla de las Ermitas y á Rutilio con apariencias de santo: este lienzo se hacia de una recopilacion que les excusaba de contar su historia por menudo, porque Antonio el mazo declaraba las pinturas y los sucesos, cuando le apretaban á que los dijese; pero en lo que mas se aventajó el pintor famoso, fué en el retrato de Auristela, en quien decian se había mostrado á saber pintar una hermosa figura, puesto que la dejaba agraviada; pues á la belleza de Auristela, si no era llevado de pensamiento divino, no había pincel humano que alcanzase. Diez dias estuvieron en Lisboa, todos los cuales gastaron en visitar los templos y en encaminar sus almas por la derecha senda de su salvacion, al cabo de los cuales con licencia del Visorey y con patentes verdaderas y firmes de quiénes eran, y adónde iban, se despidieron del caballero portugués su huésped y del hermano del enamorado Alberto, de quien recibieron grandes caricias y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla; y esta partida fué menester hacerla de noche

temerosos que si de dia la hicieran; la gente que les seguiria la estorbara, puesto que la mudanza del traje había hecho ya que amainase la admiracion.

CAPITULO II.

Empiezan los peregrinos su viaje por España: sucedentes nuevos y extraños casos.

Pedían los tiernos años de Auristela y los mas tiernos de Constanza, con los entreverados de Riela, coches, estruendo y aparato para el largo viaje en que se ponian; pero la devocion de Auristela, que había prometido de ir á pié hasta Roma, desde la parte do llegase en tierra firme, llevó tras sí las demas devociones, y todos de un parecer, así varones como hembras, votaron el viaje á pié, añadiendo, si fuese necesario, mendigar de puerta en puerta: con esto cerró la del dar Riela, y Perianbro se excusó de no disponer de la cruz de diamantes que Auristela traía, guardándola con las inestimables perlas para mejor ocasion: solamente compraron un bagaje que sobrellevase las cargas que no pudieran sufrir las espaldas; acomodáronse de bordones, que servian de arrimo y defensa, y de vainas de unos agudos estoques: con este cristiano y humilde aparato salieron de Lisboa, dejándola sin su belleza, y pobre sin la riqueza de su discrecion, como lo mostraron los infinitos corrillos de gente que en ella se hicieron, donde la fama no trataba de otra cosa sino del extremo de discrecion y belleza de los peregrinos extranjeros.

Esta manera, acomodándose á sufrir el trabajo de hasta dos ó tres leguas de camino cada dia, llegaron á Badajoz, donde ya tenia el corregidor castellano nuevas de Lisboa, cómo por allí habían de pasar los nuevos peregrinos, los cuales entrando en la ciudad, acertaron á alojarse en un meson do se alojaba una compañía de famosos recitantes, los cuales aquella misma noche habían de darla muestra para alcanzar la licencia de representar en público, en casa del corregidor; pero apenas vieron el rostro de Auristela y el de Constanza cuando les sobresaltó lo que solia sobresaltar á todos aquellos que primeramente las veían, que era admiracion y espanto; pero ninguno puso tan en punto el maravillarse, como fué el ingenio de un poeta, que de propósito con los recitantes venia, así para enmendar y remendar comedias viejas, como para hacerlas de nuevo: ejercicio mas ingenioso que hourado y mas de trabajo que de provecho; pero la excelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que á todo lo no limpio aprovecha: es como el sol, que pasa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada; es habilidad que tanto vale cuanto se estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos, y al paso del deleite lleva consigo la honestidad y el provecho: digo en fin, que este poeta, a quien la necesidad había hecho trocar los Parnasos con los mesones y las Castalias y las Aganipes con los charcos y arroyos de los caminos y ventas, fué el que mas se admiró de la belleza de Auristela, y al momento la marcó en su imaginacion y la tuvo por mas que buena para ser comedianta, sin reparar si sabía ó no la lengua castellana: contentóle el talle, dióle gusto el brio, y en un instante la vistió en su imaginacion en hábito corto de varon; desnudóla luego y vistióla de ninfa, y casi al mismo punto la envistió de

la majestad de reina, sin dejar traje de risa ó de gravedad, de que no la vistiese, y en todas se le representó grave, alegre, discreta, aguda y sobremanera honesta, extremos que se acomodan mal en una farsanta hermosa.

¡Válame Dios, y con cuánta facilidad discurre el ingenio de un poeta y se arroja á romper por mil imposibles! ¡Sobre cuán flacos cimientos levanta grandes quimeras! todo se lo halla hecho, todo fácil, todo llano, y esto de manera, que las esperanzas le sobran cuando la ventura le falta, como lo mostró este nuestro moderno poeta, cuando vió descoger acaso el lienzo donde venían pintados los trabajos de Periandro; allí se vió él en el mayor que en su vida se había visto, por venirle á la imaginación un grandísimo deseo de componer de todos ellos una comedia: pero no acertaba en qué nombre la pondría, si la llamaría comedia ó tragedia, ó tragicomedia, porque si sabía el principio, ignoraba el medio y el fin, pues aun todavía iban corriendo las vidas de Periandro y de Auristela, cuyos fines habían de poner nombre á lo que dellos se representase: pero lo que mas le fatigaba era pensar cómo podría encajar un lacayo consejero y gracioso en el mar y entre tantas islas, fuego y nieves, y con todo esto no se desesperó de hacer la comedia y de encajar el tal lacayo, á pesar de todas las reglas de la poesía y á despecho del arte cómico; y en tanto que en esto iba y venía, tuvo lugar de hablar á Auristela y de proponerle su deseo y aconsejarla cuán bien la estaría si se hiciese recitanta: dijola, que á dos salidas al teatro la lloverían minas de oro á cuestras, porque los principes de aquella edad eran como hechos de alquimia, que llegada al oro es oro y llegada al cobre es cobre; pero que por la mayor parte rendían su voluntad á las ninfas de los teatros, á las diosas enteras y á las semideas, á las reinas de estudio y á las fregonas de apariencia: dijole, que si alguna fiesta real acertase á hacerse en su tiempo, que se diese por cubierta de faldellines de oro, porque todas ó las mas libreas de los caballeros habían de venir á su casa rendidas á besarla los pies: representóla el gusto de los viajes, y ellevarse tras sí dos ó tres disfrazados caballeros que la servirían tan de criados como de amantes: y sobre todo encarecía y puso sobre las nubes la excelencia y la honra que la darian en encargarla las primeras figuras: en fin, la dijo que si en alguna cosa se verificaba la verdad de un antiguo refran castellano, era en las hermosas farsantas, donde la honra y provecho cabían en un saco. Auristela le respondió, que no había entendido palabra de cuantas le había dicho, porque bien se veía que ignoraba la lengua castellana, y que puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenían puesta la mira en otros ejercicios, si no tan agradables, á lo ménos mas convenientes. Desesperóse el poeta con la resoluta respuesta de Auristela; miróse á los pies de su ignorancia, y deshizo la rueda de su vanidad y locura.

Aquella noche fuéron á dar muestra en casa del corregidor, el cual como hubiese sabido que la hermosa junta peregrina estaba en la ciudad, los envió á buscar y á convidar viniesen á su casa á ver la comedia, y á recibir en ella muestras del deseo que tenía de servirles, por las que de su valor le habían escrito de Lisboa: aceptólo Periandro con parecer de Auristela y de Antonio el padre, á quien obedecían como á su mayor. Juntas estaban muchas damas de la ciudad con la corregidora, cuando

entraron Auristela, Ricla y Constanza con Periandro y los dos Antonios, admirando, suspirando, alborotando la vista de los presentes, que á sentir tales efectos les forzaba la sin par bizarría de los nuevos peregrinos, los cuales acrecentando con su humildad y buen parecer la benevolencia de los que los recibieron, dieron lugar á que les diesen casi el mas honrado en la fiesta, que fué la representacion de la fábula de Céfalo y de Prócris, cuando ella celosa mas de lo que debía, y él con ménos discursó que fuera necesario, disparó el dardo que á ella la quitó la vida, y á él el gusto para siempre: el verso tocó los extremos de bondad posibles, como compuesto, segun se dijo, por Juan de Herrera de Gamboa, á quien por mal nombre llamaron el Maganto, cuyo ingenio tocó asimismo las mas altas rayas de la poética esfera. Acabada la comedia, desnuzaron las damas la hermosura de Auristela parte por parte, y hallaron todas un todo á quien dieron por nombre: *Perfeccion sin tacha*; y los varones dijeron lo mismo de la gallardía de Periandro; y de recudida se alabó tambien la belleza de Constanza y la bizarría de su hermano Antonio. Tres dias estuvieron en la ciudad, donde en ellos mostró el corregidor ser caballero liberal, y tener la corregidora condicion de reina, segun fuéron las dádivas y presentes que hizo á Auristela y á los demas peregrinos, los cuales mostrándose agradecidos y obligados, prometieron de tener cuenta de darla de sus sucesos, de donde quiera que estuviesen. Partidos pues de Badajoz, se encaminaron á nuestra Señora de Guadalupe, y habiendo andado tres dias, y en ellos cinco leguas, les tomó la noche en un monte poblado de infinitas encinas y de otros rústicos árboles: tenía suspenso el cielo el curso y sazón del tiempo en la balanza igual de los dos equinocios: ni el calor fatigaba, ni el frio ofendía; y á necesidad, tan bien se podia pasar la noche en el campo como en el aldea; y á esta causa y por estar léjos un pueblo, quiso Auristela que se quedasen en unas majadas de pastores boyeros, que á los ojos se les ofrecieron.

Hízose lo que Auristela quiso, y apenas habían entrado por el bosque doscientos pasos, cuando se cerró la noche con tanta escuridad que los detuvo, y les hizo mirar atentamente la lumbrera de los boyeros, porque su resplandor les sirviese de norte, para no errar el camino: las tinieblas de la noche y un ruido que sintieron, les detuvo el paso y hizo que Antonio el mozo se apercebiese de su arco, perpetuo compañero suyo: llegó en esto un hombre á caballo, cuyo rostro no vieron, el cual les dijo: ¿Sois desta tierra, buena gente? No por cierto, respondió Periandro, sino de bien léjos della; peregrinos extranjeros somos, que vamos á Roma, y primero á Guadalupe. Si, que tambien, dijo el de á caballo, hay en las extranjeras tierras caridad y cortesía: tambien hay almas compasivas donde quiera. ¿Pues no? respondió Antonio: mirad, señor, quien quiera que seais, si habeis menester algo de nosotros, y veréis cómo sale verdadera vuestra imaginación. Tomad, dijo pues el caballero, tomad, señores esta cadena de oro, que debe de valer docientos escudos, y tomad asimismo esta prenda, que no debe de tener precio, á lo ménos yo no se le hallo, y darle heis en la ciudad de Trujillo á uno de dos caballeros, que en ella y en todo el mundo son bien conocidos: llámase el uno D. Francisco Pizarro y el otro D. Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos y ambos en

todo extremo generosos (y en esto puso en las manos de Ricla, que como mujer compasiva se adelantó á tomarlo, una criatura que ya comenzaba á llorar, envuelta, ni se supo por entónces, si en ricos ó en pobres paños); y diréis á cualquiera dellos que la guarden, que presto sabrán quién es, y las desdichas que á ser dichoso le habrán llevado, si llega á su presencia; y perdonadme, que mis enemigos me siguen, los cuales si aquí llegaren y preguntaren si me habeis visto, diréis que no, pues os importa poco el decir esto; ó si ya os pareciere mejor, decid que por aquí pasaron tres ó cuatro hombres de á caballo, que iban diciendo: á Portugal, á Portugal; y á Dios quedad, que no puedo detenerme, que puesto que el miedo pone espuelas, mas agudas las pone la honra: y arrojando las que traía al caballo, se apartó como un rayo dellos, pero casi al mismo punto volvió el caballero, y dijo: No está bautizado; y tornó á seguir su camino. Veis aquí á nuestros peregrinos, á Ricla con la criatura en los brazos, á Periandro con la cadena al cuello, á Antonio el mozo sin dejar de tener flechado el arco, y al padre en postura de desenvainar el estoque que de bordon le servía, y á Auristela confusa y atónita del extraño suceso, y á todos juntos admirados del extraño acontecimiento, cuya salida fué por entónces, que aconsejó Auristela, que como mejor pudiesen llegasen á la majada de los boyeros, donde podria ser hallasen remedios para sustentar aquella recién nacida criatura, que por su pequeñez y la debilidad de su hanto mostraba ser de pocas horas nacida; hizose así, y apenas llegaron á la majada de los pastores, á costa de muchos tropiezos y caídas, cuando antes que los peregrinos les preguntasen si eran servidos de darles alojamiento aquella noche, llegó á la majada una mujer llorando, triste, pero no reciamente, porque mostraba en sus gemidos que se esforzaba á no dejar salir la voz del pecho; venía medio desnuda, pero las ropas que la cubrían eran de rica y principal persona: la lumbrera y luz de las hogueras, á pesar de la diligencia que ella hacia para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa, puesto que Ricla, que sabía mas de edades, la juzgó por de diez y seis á diez y siete años: preguntáronle los pastores si la seguía alguién, ó si tenía otra necesidad que pidiese presto remedio; á lo que respondió la dolorosa muchacha: Lo primero, señores, que habeis de hacer, es ponerme debajo de la tierra; quiero decir, que me encubrais de modo que no me halle quien me buscare. Lo segundo, que me deis algun sustento, porque desmayos me van acabando la vida. Nuestra diligencia, dijo un pastor viejo, mostrará que tenemos caridad; y aguijando con presteza á un hueco de un árbol que en una valiente encina se hacia, puso en él algunas pieles blandas de ovejas y cabras, que entre el ganado mayor se criaban; hizo un modo de lecho, bastante por entónces á suplir aquella necesidad precisa; tomó luego á la mujer en los brazos y encerróla en el hueco, adonde le dió lo que pudo, que fuéron sopas en leche, y le dieran vino si ella quisiera beberlo: colgó luego delante del hueco otras pieles, como para enjugarse: Ricla, viendo hecho esto, habiendo conjeturado, que aquella sin duda había de ser la madre de la criatura que ella tenía, se llegó al pastor caritativo, diciéndole: No pongais, buen señor, término á vuestra caridad, y usada con esta criatura que tengo en los brazos, antes que perezca de ham-

bre; y en breves razones le contó cómo se la habían dado: respondióla el pastor á la intencion, y no á sus razones, llamando á uno de los demas pastores, á quien mandó que tomando aquella criatura, la llevase al aprisco de las cabras y hiciese de modo como de alguna de ellas tomase el pecho: apenas hubo hecho esto, y tan apenas que casi se oían los últimos acentos del llanto de la criatura, cuando llegaron á la majada un tropel de hombres á caballo preguntando por la mujer desmayada y por el caballero de la criatura; pero como no les dieron nuevas ni noticia de lo que pedían, pasaron con extraña prisa adelante, de que no poco se alegraron sus remedidores, y aquella noche pasaron con mas comodidad que los peregrinos pensaron, y con mas alegría de los ganaderos, por verse tan bien acompañados.

CAPITULO III.

La doncella encerrada en el árbol da razon de quien era.

Preñada estaba la encina, digámoslo así, preñadas estaban las nubes, cuya escuridad la puso en los ojos de los que por la prisionera del árbol preguntaron; pero al compasivo pastor, que era mayoral del hato, ninguna cosa le pudo turbar para que dejase de acudir á proveer lo que fuese necesario al recibimiento de sus huéspedes; la criatura tomó los pechos de la cabra, la encerrada el rústico sustento, y los peregrinos el nuevo y agradable hospedaje: quisieron todos saber luego qué causas habían traido allí á la lastimada y al parecer fugitiva, y á la desamparada criatura; pero fué parecer de Auristela, que no le preguntasen nada hasta el venidero dia, porque los sobresaltos no suelen dar licencia á la lengua, aun á que cuente venturas alegres, cuanto mas desdichas tristes; y puesto que el anciano pastor visitaba á menudo el árbol, no preguntaba nada al depósito que tenía, sino solamente por su salud, fuéle respondido que aunque tenía mucha ocasion para no tenerla, la sobraria, como ella se viesse libre de los que la buscaban, que era su padre y hermanos: cubrióla y encubrióla el pastor, y dejóla y volvióse á los peregrinos, que aquella noche la pasaron con mas claridad de las hogueras y fuego de los pastores que con aquella que ella les concedía; y ántes que el cansancio les obligase á entregar los sentidos al sueño, quedó concertado que el pastor que había llevado la criatura á procurar que las cabras fuesen sus amas, la llevase y entregase á una hermana del anciano ganadero, que casi dos leguas de allí en una pequeña aldea vivía: diéronle que llevase la cadena, con orden de darla á criar en la misma aldea, diciendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo así, con que se aseguraron y apercebieron á desmentir las espías, si acaso volviesen, ó viniesen otras de nuevo á buscar los perdidos, á lo ménos los que perdidos parecían; en tratar desto y en satisfacer la hambre y en un breve rato que se apoderó de sus ojos el sueño y de sus lenguas el silencio, se pasó el de la noche, y se vino á mas andar el dia, alegre para todos, y no para la temerosa que encerrada en el árbol, apenas osaba ver del sol la claridad hermosa. Con todo eso, habiendo puesto primero, cerca y léjos del rebaño, de trecho en trecho centinelas que avisasen si alguna gente venía, la sacaron del árbol para que la diese el aire, y para saber della lo que deseaban, y con la luz del dia vieron que la de su rostro era admirable, de modo que puso en duda á cuál darian della y de Constanza, después

de Aristela, el segundo lugar de hermosa, porque donde quiera se llevó el primero Auristela, á quien no quiso dar igual la naturaleza. Muchas preguntas la hicieron y muchos ruegos precedieron ántes, todos encaminados á que su suceso les contase, y ella de puro cortés y agradecida, pidiendo licencia á su flaqueza, con aliento debilitado así comenzó á decir:

Puesto, señores, que en lo que deciros quiero tengo de descubrir faltas que me han de hacer perder el crédito de honrada, todavía quiero mas parecer cortés por obedeceros, que desagradecida por no contentaros. Mi nombre es Felician de la Voz, mi patria una villa no léjos deste lugar, mis padres son nobles mucho mas que ricos, y mi hermosura, en tanto que no ha estado tan marchita como agora, ha sido de algunos estimada y celebrada. Junto á la villa que me dió el cielo por patria vivia un hidalgo riquísimo, cuyo trato y cuyas muchas virtudes le hacian ser caballero en la opinion de las gentes: este tiene un hijo, que desde agora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hacienda, que es infinita: vivia ansimismo en la misma aldea un caballero con otro hijo suyo, mas nobles que ricos, en una tan honrada medianía, que ni los humillaba, ni los ensoberbecia: con este segundo mancebo noble ordenaron mi padre y dos hermanos que tengo de casarme, echando á las espaldas los ruegos con que me pedia por esposa el rico hidalgo; pero yo, á quien los cielos guardaban para esta desventura en que me veo, y para otras en que pienso verme, me dió por esposo al rico, y yo me entregué por suya á hurto de mi padre y de mis hermanos, que madre no la tengo por mayor desgracia mia: vímonos muchas veces solos y juntos, que para semejantes casos nunca la ocasion vuelve las espaldas, ántes en la mitad de las imposibilidades ofrece su guedeja.

Destas juntas y destos hurtos amorosos se acortó mi vestido y creció mi infamia, si es que se puede llamar infamia la conversacion de los desposados amantes: en este tiempo sin hacerme sabidora, concertaron mis padres y hermanos de casarme con el mozo noble, con tanto deseo de efectuarlo, que anoche le trajeron á casa acompañado de dos cercanos parientes suyos, con propósito de que luego luego nos diésemos las manos: sobresaltéme cuando vi entrar á Luis Antonio, que este es el nombre del mancebo noble, y mas me admiré cuando mi padre me dijo que me entrase en mi aposento y me aderezase algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto habia de dar la mano de esposa á Luis Antonio: dos dias habia que habia entrado en los términos que la naturaleza pide en los partos, y con el sobresalto y no esperada nueva quedé como muerta, y diciendo entraba á aderezarme á mi aposento, me arrojé en los brazos de una mi doncella, depositaria de mis secretos, á quien dije, hechos fuentes mis ojos: ¡Ay, Leonora mia, y cómo creo que es llegado el fin de mis dias! Luis Antonio está en esa antesala esperando que yo salga á darle la mano de esposa: mira si es este trance riguroso y la mas apretada ocasion en que pueda verse una mujer desdichada; pásame, hermana mia, si tienes con qué, este pecho: salga primero mi alma destas carnes, que no la desvergüenza de mi atrevimiento; ¡ay amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida! y diciendo esto y dando un gran suspiro, arrojé una criatura en el

suelo, cuyo nunca visto caso suspendió á mi doncella, y á mí me cegó el discurso de manera que, sin saber qué hacer, estuve esperando á que mi padre ó mis hermanos entrasen, y en lugar de sacarme á desposar, me sacasen á la sepultura.

Aquí llegaba Felician de su cuento, cuando vieron que los centinelas que habian puesto para asegurarse, hacian señal de que venia gente, y con diligencia no vista el pastor anciano queria volver á depositar á Felician en el árbol, seguro asilo de su desgracia; pero habiendo vuelto las centinelas á decir que se asegurasen, porque un tropel de gente que habian visto cruzaba por otro camino, todos se aseguraron, y Felician de la Voz volvió á su cuento, diciendo: Considerad, señores, el apretado peligro en que me vi anoche: el desposado en la sala esperándome, y el adúltero, si así se puede decir, en un jardín de mi casa atendiéndome para hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaba y de la venida de Luis Antonio; yo sin sentido por el no esperado suceso, mi doncella turbada con la criatura en los brazos, mi padre y hermanos dándome priesa, que saliese á los desdichados desposorios: aprieto fué este que pudiera derribar á mas gallardos entendimientos que el mio, y oponerse á toda buena razon y buen discurso. No sé qué os diga mas, sino que sentí, estando sin sentido, que entró mi padre, diciendo: Acaba, muchacha, sal como quiera que estuvieres, que tu hermosura suplirá tu desnudez, y te servirá de riquísimas galas: dióle, á lo que creo, en esto á los oídos el llanto de la criatura, que mi doncella, á lo que imagino, debia de ir á poner en cobro, ó á dársela á Rosanio, que este es el nombre del que yo quise escoger por esposo. Alborotóse mi padre, y con una vela en la mano me miró el rostro, y coligió por mi semblante mi sobresalto y mi desmayo; volvióle á herir en los oídos el eco del llanto de la criatura, y echando mano á la espada, fué siguiendo adonde la voz le llevaba; el resplandor del cuchillo me dió en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma, y como sea natural cosa el desear conservar la vida cada uno, del temor de perderla salió en mí el ánimo de remediarla, y apenas hubo mi padre vuelto las espaldas, cuando yo así como estaba, bajé por un caracol á unos aposentos bajos de mi casa, y dellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo en no sé qué camino; y finalmente aguijada del miedo y solicitada del temor, como si tuviera alas en los piés, caminé mas de lo que prometia mi flaqueza: mil veces estuve para arrojarme en el camino de algun ribazo que me acabara, con acabarme la vida, y otras tantas estuve por sentarme ó tenderme en el suelo y dejarme hallar de quien me buscarse; pero alentándome la luz de vuestros cabañas, procuré llegar á ellas á buscar descanso á mi cansancio, y si no remedio, algun alivio á mi desdicha; y así llegué como me vistes, y así me hallo como me veo, merced á vuestra caridad y cortesía. Esto es, señores míos, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dejo al cielo, y le remito en la tierra á vuestros buenos consejos.

Aquí dió fin á su plática la lastimada Felician de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion y lástima en un mismo grado. Periandro contó luego el hallazgo de la criatura, la dádiva de la cadena, con todo aquello que le habia sucedido con el caballero que se la dió.

¡Ay! dijo Felician, ¿si es por ventura esa prenda mia? ¿y si es Rosanio el que la trajo? y si yo la viesse, si no por el rostro, pues nunca le he visto, quizá por los paños en que viene envuelta sacaria á luz la verdad de las tinieblas de mi confusion, porque mi doncella no apercebida, ¿en qué la podia envolver, sino en paños que estuviesen en el aposento, que fuesen de mí conocidos? y cuando esto no sea, quizá la sangre hará su oficio, y por ocultos sentimientos le dará á entender lo que me toca. A lo que respondió el pastor: La criatura está ya en mi aldea en poder de una hermana y de una sobrina mia; yo haré que ellas mismas nos la traigan hoy aquí, donde podrás, hermosa Felician, hacer las experiencias que deseas: en tanto sosiega, señora, el espíritu, que mis pastores y este árbol servirán de nubes que se opongan á los ojos que te buscaren.

CAPITULO IV.

Quiere Felician acompañarlos en su peregrinacion: llegan á Guadalupe habiéndoles acontecido en el camino un notable peligro.

Paréceme, hermano mio, dijo Auristela á Periandro, que los trabajos y los peligros no solamente tienen jurisdiccion en el mar, sino en toda la tierra; que las desgracias é infortunios así se encuentran con los levantados sobre los montes, como con los escondidos en sus rincones: esta que llaman fortuna, de quien yo he oído hablar algunas veces, de la cual se dice que quita y da los bienes, cuándo, cómo y á quien quiere, sin duda alguna debe de ser ciega y antojadiza, pues á nuestro parecer levanta los que habian de estar por el suelo, y derriba los que están sobre los montes de la luna. No sé, hermano, lo que me voy diciendo, pero sé que quiero decir, que no es mucho que nos admire ver esta señora, que dice que se llama Felician de la Voz, que apenas la tiene para contar su desgracia: contéplola yo pocas horas há en su casa, acompañada de su padre, hermanos y criados, esperando poner con sagacidad remedio á sus arrojados deseos, y agora puedo decir que la veo escondida en lo hueco de un árbol, temiendo los mosquitos del aire y aun las lombrices de la tierra: bien es verdad que la suya no es caída de príncipes, pero es un caso que puede servir de ejemplo á las recogidas doncellas que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueve á suplicarte, ó hermano, mires por mi honra, que desde el punto que salí del poder de mi padre y del de tu madre, la deposité en tus manos, y aunque la experiencia con certidumbre grandísima tiene acreditada tu bondad, así en la soledad de los desiertos como en la compañía de las ciudades, todavía temo que la mudanza de las horas no mude los que de suyo son fáciles pensamientos; á tí te va en esto lo que sabes: mi honra es la tuya; un solo deseo nos gobierna y una misma esperanza nos sustenta: el camino en que nos hemos puesto es largo, pero no hay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pereza y la ociosidad: ya los cielos, á quien doy mil gracias por ello, nos han traído á España sin la compañía peligrosa de Arnaldo: ya podemos tender los pasos seguros de naufragios, de tormentas y de salteadores, porque segun la fama que sobre todas las regiones del mundo de pacífica y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viaje. ¡Oh hermana! respondió Periandro, y cómo por puntos vas mostrando los extremados de tu discrecion: bien veo

que temes como mujer y que te animas como discreta; yo quisiera por aquietar tus bien nacidos recelos buscar nuevas esperanzas que me acreditasen contigo, que puesto que las hechas pueden convertir el temor en esperanza y la esperanza en firme seguridad, y desde luego en posesion alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acreditaran: en el rancho destes pastores no nos queda que hacer, ni en el caso de Felician podemos servir mas que de compadecernos della: procuremos llevarnos esta criatura á Trujillo, como nos lo encargó el que con ella nos dió la cadena al parecer por paga.

En esto estaban los dos cuando llegó el pastor anciano con su hermana y con la criatura, que habia enviado por ella á la aldea, por ver si Felician la reconocia, como ella lo habia pedido: lleváronse la, miróla y remiróla, quitóle las fajas, pero en ninguna cosa pudo conocer ser la que habia parido, ni aun, lo que mas es de considerar, el natural cariño no le movia los pensamientos á reconocer el niño, que era varon el recién nacido. No, decía Felician, no son estas las mantillas que mi doncella tenia diputadas para envolver lo que de mí naciese, ni esta cadena, que se la enseñaron, la vi yo jamas en poder de Rosanio: de otra debe ser esta prenda, que no mia, que á serlo no fuera yo tan venturosa, teniéndola una vez perdida tornar á cobrarla; aunque yo oí decir muchas veces á Rosanio, que tenia amigos en Trujillo, pero de ninguno me acuerdo el nombre. Con todo eso, dijo el pastor, que pues el que dió la criatura mandó que la llevasen á Trujillo, sospecho que el que la dió á estos peregrinos fué Rosanio, y así soy de parecer, si es que en ello os hago algun servicio, que mi hermana con la criatura y con otros dos destes mis pastores se ponga en camino de Trujillo á ver si la recibe alguno desos dos caballeros á quien va dirigida. A lo que Felician respondió con sollozos y con arrojar á los piés del pastor, abrazándolos estrechamente, señales que la dieron de que aprobaba su parecer: todos los peregrinos le aprobaron asimismo, y con darle la cadena lo facilitaron todo. Sobre una de las bestias del hato se acomodó la hermana del pastor, que estaba recién parida, como se ha dicho, con órden que se pasase por su aldea y dejase en cobro su criatura, y con la otra se partiese á Trujillo, que los peregrinos que iban á Guadalupe con mas espacio la seguirian; todo se hizo como lo pensaron, y luego, porque la necesidad del caso no admitia tardanza alguna, Felician callaba, y con silencio se mostraba agradecida á los que tan de véras sus cosas tomaban á su cargo. Añadióse á todo esto, que Felician habiendo sabido como los peregrinos iban á Roma, aficionada á la hermosura y discrecion de Auristela, á la cortesía de Periandro, á la amorosa conversacion de Constanza y de Riela su madre, y al agradable trato de los dos Antonios, padre y hijo, que todo lo miró, notó y ponderó en aquel poco espacio que los habia comunicado, y lo principal por volver las espaldas á la tierra donde quedaba enterada su honra, pidió que consigo la llevasen como peregrina á Roma: que pues habia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en gracias, si el cielo se las concedia, en que con ellos la llevasen. Apenas descubrió su pensamiento, cuando Auristela acudió á satisfacer su deseo, compasiva y deseosa de sacar á Felician de entre los sobresaltos y miedos que la perseguian: solo di-